

y aun respeta á S. Juan Bautista, hace traer la cabeza de este santo Profeta, estando en un suntuoso y delicioso festin. La ambicion domina al Herodes de nuestro Evangelio. Quería, si le fuera posible, hacer perecer á su sucesor: sacrifica á su ambicion sus propios hijos de miedo no le sucedan. Finalmente, el nuevo nacimiento de un nuevo rey de los judíos, que conoce bien debe ser el Mesías prometido, asusta é inquieta su ambicion; y no escuchando sino á su pasion, hace pasar á cuchillo en Belen y en sus alrededores á todos los niños pequeños, esperando neciamente que este nuevo rey, que este Mesías niño no podrá escaparse de esta matanza. ¡Qué insensato es el hombre, Dios mio, qué extravagante cuando se imagina que puede trastornar vuestros designios y el orden de vuestra providencia! Herodes hace una cruel carniceria en estos inocentes, y hace de ellos otros tantos gloriosos mártires, y se escapa de su furor Jesucristo, que es el único á quien busca. Herodes viene á ser el más aborrecido, el más despreciado, el más desdichado de los mortales. Cansado de vivir tan infeliz, quiere darse él mismo la muerte: no consigue sus deseos; pero es para que sufra mas largo tiempo el mas doloroso, el mas terrible y el mas ignominioso de todos los suplicios. Su cuerpo se pudre vivo, sus carnes se convierten en gusanos, y por espacio de mas de dos años no fué este rey sino un cadáver podrido, comido de gusanos, y mas hediondo y horrible que un cuerpo muerto que cae hecho pedazos en un sepulcro. ¡Oh, y qué cortas son nuestras providencias, qué caducas nuestras medidas, y qué vanos nuestros designios cuando no tienen otro apoyo que la pasion!

Haced, Señor; que toda mi prudencia, mi sabiduría, mis fines y mis designios sean agradaros con la pureza de mis costumbres, con mi sumision á vuestras órdenes, con mi fidelidad en vuestro servicio, y con el cumplimiento de todas las obligaciones de mi estado.

JACULATORIAS. — El Señor tiene contados los dias de las almas inocentes, y hará que gocen eternamente de la herencia que les ha destinado. (*Psalm. 36.*)

Dichosos los que caminan por las sendas de la inocencia, sin otra guia que la ley del Señor. (*Psalm. 118.*)

PROPOSITOS.

1. La inocencia es la base del verdadero mérito. Las mas bellas cualidades bastardean, las virtudes se empañan, el enten-

dimiento mas despejado se anubla, se llena de tinieblas, y se convierte en una oscura noche con la corrupcion de las costumbres. No es menester otra prueba de esta triste verdad, que la que nos presenta la esperiencia de todos los dias. De nada cuides tanto como de vivir en esta inocencia, de conservar este precioso tesoro, y poner esta delicada flor al abrigo de los vientos. Un vapor, un vaho demasiado grande la marchita: huye con cuidado de todo lo que puede serte nocivo. Ama el retiro, evita las compañías mundanas, donde no se respira sino un aire contagioso. Ten una particular devocion á los santos Inocentes, y pidele á Dios por su intercesion que te conserve en la inocencia.

2. Procura seguir en todo el orden de la divina Providencia; y nada temas tanto como el oponerte á su economia con sutiles y malignos artificios. Para esto somete á la divina Providencia todos tus deseos, intentos y designios. No consultes sino la voluntad de Dios en cuanto emprendieres: no busques sino su gloria, y con esto buscarás y obrarás tu salvacion.

DIA XXIX.

MARTIROLOGIO.

EL TRÁNSITO DE SANTO TOMÁS, obispo y mártir, en Cantorbery; al cual por defender la justicia y la inmunidad eclesiástica, dieron muerte unos impíos facinerosos en su misma iglesia. (*Véase su historia en las de hoy.*)

EL SANTO REY Y PROFETA DAVID, en Jerusalem. (*Véase su historia en las de hoy.*)

EL TRÁNSITO DE SAN TRÓFIMO, en Arlés de Francia, de quien hace memoria S. Pablo escribiendo á Timoteo («Y á Trófimo lo dejé enfermo en Mileto» *Cap. 4.º vers. 20.*); el cual consagrado obispo por el mismo apóstol, fué el primero que en aquella ciudad predicó el Evangelio de Cristo: de cuya predicacion como de una fuente, segun escribe S. Zosimo papa, manaron los arroyos de la fe por toda la Francia.

LOS SANTOS MÁRTIRES CALIXTO, FELIX Y BONIFACIO, en Roma.

LOS SANTOS MÁRTIRES DOMINGO, VICTOR, PRIMIANO, LIBOSO, SATURNINO, CRESCENCIO, SEGUNDO Y HONORATO, en Africa.

SAN CRESCENTE, discípulo del apóstol S. Pablo y primer obispo de Viena en Francia, en la misma ciudad.

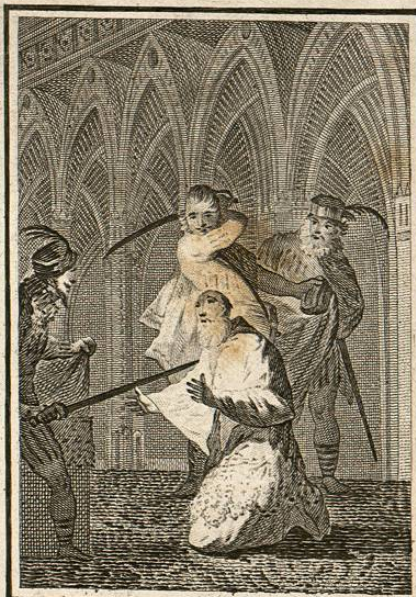
SAN MARCELO, abad, en Constantinopla. (El orden de los Acemetas, del cual fué abad S. Marcelo, se diferencia de otros de los Basílios solo en la regla particular de que cada monasterio está dividido en varios coros, que sucediéndose el uno al otro continúan noche y dia sin interrupcion los oficios divinos: de cuya circunstancia derivaron su nom-

bre, que significa en griego, *sin sueño*. Era S. Marcelo natural de Apamea en Siria, de familia noble y rica; y habiendo estudiado las sagradas ciencias, dió á los pobres todo su patrimonio antes de tomar el hábito de los Acemetas. Por los años de 465 Studio, caballero que habia sido cónsul en el de 463, fundó para él y sus monges un gran monasterio dentro de Constantinopla, cerca de la Puerta Aurea, en el cual se dice haberse llegado á juntar mil monges á un tiempo. Llamada esta casa con el título mismo de su fundador, principiaron los Acemetas á llamarse generalmente *Studitas*. Marcelo asistió al concilio de Constantinopla, convocado por S. Flaviano contra Eutyches, cuya herejía condenó nuestro santo abad con los prelados que compusieron aquella venerable asamblea. Murió en el año de 485, ó en el de 486, y es honrado en este día tanto por griegos como por latinos. *But.*)

SAN EBRULFO, abad y confesor, en una aldea de Hiesmes, en tiempo del rey Childeberto. (Nació de ilustre cuna en Bayeux en el año de 517. Enamorado el rey Childeberto I de sus virtudes, le elevó á diferentes puestos de honor y autoridad, é hizo ver con su ejemplo que un cristiano puede vivir también en el mundo sin ser de él en espíritu, y poseer riquezas sin ser poseído de ellas. Importunado de sus amigos casó con una mujer virtuosa, y con la lectura de vidas de santos se inflamaban mutuamente en el deseo de abandonar el mundo. Conviniéron pues en una separación, y ella tomó el velo en un convento, mientras él, después de distribuir toda su hacienda á los pobres, se refugió á un monasterio de la diócesis de Bayeux. Aspirando á una vida aun mas perfecta, se retiró luego en compañía de otros tres á la parte mas remota del bosque de Ouche, en la diócesis de Lisieux, que solo habitaban fieras y ladrones. A consecuencia de esto muchos de los ladrones, exhortados por el Santo, mudaron de vida, y se quedaron en su compañía, ocupándose en labrar aquella tierra. Aumentando diariamente el número de los que deseaban vivir bajo su dirección, se vió obligado á erigir un monasterio en Ouche en Normandia, y luego fundó otros quince monasterios mas de monges y de monjas, de los cuales fué siempre el suyo el principal, y que gobernó por sí mismo. Acostumbraba á exhortar á todos al trabajo, diciéndoles que debían ganar su sustento con sus obras, y con sus servicios el cielo. Cerró sus ojos al mundo en el año de 596 y su cuerpo fué sepultado en la iglesia de S. Pedro, edificada por él mismo. *But.*)

SANTO TOMÁS, ARZOBISPO DE CANTORBERI, Y MÁRTIR.

SANTO Tomás era inglés, de una familia distinguida por su nobleza antigua y por su piedad. Nació en Londres á 21 de diciembre del año 1117. Sus padres le pusieron el nombre de Tomás, por haber nacido el día de este santo Apóstol. Su padre, llamado Gilberto Becket, siendo todavía joven se cruzó por devoción, é hizo el viaje de la Tierra Santa con otros caballeros ingleses para servir en la guerra contra los infieles. Habiendo caído



SANTO TOMAS
CANTUARIENSE.

en una emboscada de sarracenos, visitando los santos Lugares, fué preso y hecho esclavo el año de 1114. Sus bellas prendas le merecieron una particular atencion de su señor, que era uno de los primeros oficiales de su nacion, y le hicieron amar de la hija única de aquel emir, la que embelesada con lo que le habia oido decir de nuestra religion, deseó hacerse cristiana. Habiéndose escapado Gilberto de su prision, al cabo de diez y ocho meses, la hija del emir huyó de la casa de su padre, dejó su país, y vino á Inglaterra á encontrar á Gilberto. El obispo la bautizó, y la puso el nombre de Matilde: la que habiendo casado con Gilberto, fué madre de nuestro Santo, á quien crió con el mayor cuidado en el espíritu y máximas de la religion cristiana, siendo ella misma el ejemplo de las señoras cristianas. De ella con especialidad aprendió Tomás á honrar con ternura á la santísima Virgen, á quien hizo escogiera por su singular patrona, y de quien fué tan devoto toda su vida.

El jóven Tomás sacó del vientre de su madre las mas bellas prendas, las que fueron cultivadas con una dichosa educacion. Tenia un entendimiento vivo y despejado, un juicio sólido, y una memoria que conservaba tenazmente cuanto se la confiaba. Su aire, su vivacidad, sus modales se llevaban tras sí á todos. Vuelto su padre del segundo viaje de la Tierra Santa, le puso de pensionista en un monasterio para formarle en los principios de la religion, y en los ejercicios de la piedad cristiana. Hizo allí tantos progresos en la virtud como en las letras humanas, en las cuales salió muy hábil. Era el honor y la gloria de sus maestros, y daba á conocer lo mucho que se aprovechaba de los cuidados que empleaban en su educacion, quando perdió á su padre y á su madre casi á un mismo tiempo. A los veinte y un años de su edad se vió abandonado á sí mismo; pero sin embargo de los malos ejemplos que veia, supo usar bien de su libertad. Fué á París á continuar sus estudios, donde se distinguió, especialmente en la ciencia del derecho.

Sus padres le habian dejado muchas virtudes, pero pocos bienes. Habiéndole tomado un señor principal por su secretario, quiso que le acompañara en todas sus diversiones. La caza fué donde mas gusto hallaba; pero Dios hizo un milagro para sanarle de esta pasion. Un dia que cazaba al vuelo, ó de cetrería, á la orilla de un rio, habiendo su halcon hecho meter en el rio á una ánade, á quien perseguia, y habiéndose metido en el agua con ella, el temor de perderle le hizo arrojarle al rio, sin advertir el peligro á que se esponia, por libentar su halcon: la corriente del agua le llevó hasta un molino, donde iba á ser estrellado contra

el rodezno, cuando por un milagro visible el rodezno paró de repente hasta que fué sacado Tomás del agua. Reconoció el favor de una proteccion tan visible, y renunció todas estas diversiones, aplicándose desde entonces á ocupaciones mas serias. Sin embargo de la reputacion que adquirió en la administracion de los negocios civiles, se disgustó de ellos, y no pudiendo su rectitud sufrir las vejaciones y las injusticias que veia, se arrimó á Teobaldo, arzobispo de Cantorberi; quien reconociendo en él un ingenio sobresaliente, y un gran fondo de piedad, le empleó en el despacho de los mayores negocios de su diócesi. Envióle á Roma por negocios muy delicados, pero Tomás nada emprendió jamás con que no saliera felizmente. Advirtiéndole cada día el arzobispo mas mérito en su superintendente, creyó no podia hacer mayor servicio á la Iglesia que conquistarle un tan digno sugeto, y así le ordenó de diácono.

Era demasiado grande su mérito para no tener envidiosos. Rogerio, arcediano de Cantorberi, fué toda su vida su enemigo mortal. Tomás no le correspondió sino con una inalterable paciencia. Habiendo sido creado el arcediano arzobispo de York, Teobaldo dió á nuestro Santo el arcedianato, y proveyó tambien en él algun otro beneficio. El aumento de rentas solo sirvió para hacerle mas limosnero; tanto, que sus grandes limosnas le consiguieron bien pronto el nombre de padre de los pobres. Haciéndose cada día mas visible el mérito del nuevo arcediano, el rey Enrique II quiso conocer y tratar personalmente á un ingenio tan extraordinario y de una virtud que era el objeto de los aplausos de toda la corte. Apenas hubo hablado con él, cuando conoció que su mérito era muy superior á su fama, y sin detenerse le hizo su canceller.

Jamás se vió ministro de estado, ni tan zeloso de los intereses de su rey, ni tan deseoso del bien público. Jamás se sirvió del favor que lograba con el rey sino para el alivio del pueblo: si el rey le honraba con toda su confianza, el canceller hacia á su reino feliz. El puesto que tenia en la corte no le hacia olvidarse del que tenia en su iglesia; y se veia el ministro de estado mas prudente y mas hábil que hubo jamás, el eclesiástico mas ejemplar y mas perfecto que jamás se ha visto en Inglaterra. Empleaba el día en el despacho, y pasaba la mayor parte de la noche en oracion: tan modesto y tan mortificado en la corte, como el mas fervoroso religioso en el claustro; y si despues de sus largas oraciones le obligaban á tomar algunos momentos de descanso, no dormia en la cama, que tenia de perspectiva, sino en tierra. El mismo rey le sorprendió alguna vez en este ejercicio de auste-

ridad. Pocas noches se pasaban sin que maltratára su cuerpo con sangrientas disciplinas. La penitencia fué, por decirlo así, su passion dominante; y la profusion y liberalidad con los pobres, á quienes jamás rehusó la limosna, hacian todas sus delicias.

Advirtiéndole el rey los prodigiosos talentos de su canceller, y su raro mérito, le confió la educacion del príncipe Enrique su hijo. Nada omitió nuestro Tomás para hacer de él un rey segun el corazon de Dios: no se vió jamás educacion mas bella. Los servicios que Tomás hacia al estado no se estrecharon á la familia real; envióle el rey á Francia en calidad de embajador extraordinario; acompañó á Enrique á Guinea; y en todas partes dió pruebas visibles de cordura, de prudencia, de habilidad y de valor.

Mientras que el canceller de Inglaterra brillaba tanto en la corte, y era la admiracion de las cortes extranjeras, el arzobispo Teobaldo dejó vacante por su muerte la silla de Cantorberi; desde luego pusieron todos los ojos en el canceller: el mismo rey creyó no podia encontrar sugeto mas digno; y así, lo mismo fué verle, que decirle le habia escogido para la primera silla de Inglaterra. Tomás se asustó al oír la propuesta del rey: representóle su insuficiencia para un cargo que pedia otra virtud y otra ciencia que la que podia él tener. Estos humildes sentimientos, y toda su respetuosa representacion solo sirvieron para confirmar su eleccion. Viendo entonces que era preciso obedecer, dijo nuestro Santo: Señor, estoy muy seguro, que si Dios permite que yo sea arzobispo de Cantorberi, perderé bien pronto la gracia y el favor de vuestra Majestad, y que el grande afecto con que ahora me honra, se convertirá en un odio implacable; porque las disposiciones con que veo á vuestra Majestad me dan sobrado motivo para temer ha de querer exigir de mí muchas cosas contrarias á los derechos de la Iglesia, y que no me permitirá concederos mi ministerio; lo cual servirá de pretesto á todos los que no me quieren bien para desacreditarme con vuestra Majestad, y hacerme perder los frutos del zelo y fidelidad con que hasta aquí le he servido.

El rey pareció pasmarse al oír una respuesta tan libre; pero sin embargo perseveró en su resolucion, y como se hallaba en Normandia, le mandó pasase al instante la mar, y fuese á tomar posesion de su obispado; lo que se ejecutó por mas súplicas y representaciones que hizo Sto. Tomás. Se juntó el clero en Londres en la abadía de Westminster, y todos confirmaron la eleccion del rey, quedando Tomás elegido arzobispo de Cantorberi con general aplauso en presencia del jóven príncipe Enrique, su

discípulo: fué luego conducido á Cantorberi, donde se ordenó de presbítero el sábado 2 de junio, y el día siguiente fué consagrado obispo por el obispo de Winchester, con asistencia de otros catorce prelados mas, en presencia del príncipe y de toda la nobleza.

Jamás se vió consagracion mas aplaudida, ni obispo que mantuviese mas dignamente su carácter. La alta dignidad á que nuestro Santo acababa de ser ensalzado no aflojó el espíritu de penitencia y de humildad del nuevo prelado: apenas recibió el palio que el papa Alejandro III le envió, cuando abrazó la disciplina monástica regular del cabildo de su catedral, llevando el hábito religioso debajo del de prelado, y teniendo la vida mas austera. Se aplicó mas que nunca á mortificar su carne y sus sentidos con continuos ayunos, vigiliás y otras mortificaciones corporales: se vistió asimismo un áspero cilicio, el que no se quitó en toda su vida. Lavaba los pies á trece pobres al amanecer, y daba de comer cada día en su palacio á ciento y doce. Decía misa todos los días con una devocion tan grande, que se comunicaba hasta á los asistentes; despues de lo qual iba á visitar los hospitales y á otros pobres enfermos. Tenia tan arregladas en su casa las horas del oficio divino, las conferencias, y otros ejercicios de piedad, que vino á ser el ejemplo de las casas mas regulares; y si se habia hecho tan célebre siendo canceller, siendo arzobispo fué el modelo de los mas grandes y mas santos prelados de la Iglesia.

La ejemplar piedad y la constante regularidad del pastor reformaron bien pronto el rebaño. En muy poco tiempo los abusos fueron abolidos, corregidos los desórdenes, y toda la diócesis mudó de semblante. No hacia mas que un año que el santo prelado ocupaba la silla metropolitana cuando se vió precisado á pasar la mar para asistir al concilio de Tours, en que presidia el papa. Todos los cardenales salieron á recibirle, y Alejandro III le recibió asimismo como á un prelado que era el ornamento de la Iglesia. El concilio pronunció anatema contra todos los usurpadores de los bienes de la Iglesia, y contra los obispos y monges que no se opusieran á semejantes usurpaciones.

Vuelto Sto. Tomás á Inglaterra, fué recibido del rey con unas demostraciones de honra y amistad todavia mayores que las que habia experimentado hasta entonces; pero este favor no duró mucho tiempo. El rey llevó á mal que el Santo quisiera hacer dejacion del empleo de canceller, y que hubiera ejecutado la disposicion del concilio de Tours, escomulgando á un señor, patrono de una parroquia; pero lo que acabó de exasperar al rey contra el Santo fué la constancia con que defendió que los ecle-

siásticos no debian ser juzgados por los jueces seculares, sino por los obispos ó sus vicarios. El rey miró esta pretension como una injuria de la autoridad real, y juntó una asamblea de obispos en Westminster, en la que el santo arzobispo defendió con vigor los derechos de la Iglesia, y aunque la indignacion del rey inclinó hácia sí á la mayor parte de los prelados, Sto. Tomás se mantuvo inflexible; pero en fin, movido de las lágrimas de la mayor parte, que no cesaban de rogarle y representarle que mirase por la quietud del estado, y por la paz de la Iglesia, hubo de ceder y obligarse bajo de juramento á seguir la costumbre. Pero no estuvo mucho tiempo sin arrepentirse: su porta-cruz ó crucero, hombre piadoso y zeloso, no temió echarle en cara que habia vendido á la Iglesia, y le habia sido traidor. La voz de este hombre, dice el cardenal Baronio, fué el canto del gallo que despertó á S. Pedro. Nuestro prelado detestó su cobardía, lloró su culpa y se abstuvo de decir misa hasta que el papa, que estaba en Sens, le hubo enviado la absolucion de su culpa. Creyó debia ceder á la tempestad, y retirarse á Francia, cerca del papa; pero los vientos contrarios le obligaron á volverse á su iglesia, donde trabajó con mas zelo que nunca. El rey, siempre irritado contra el santo prelado, suplicó al papa nombrára por su legado al arzobispo de York, en lugar del de Cantorberi. El papa lo rehusó mucho tiempo; pero temiendo las consecuencias que podrian resultar de no asentir á las instancias de un rey irritado y violento, vino en ello por el bien de la paz; pero aunque trasfirió la dignidad de legado apostólico al arzobispo de York, no le dió jurisdiccion alguna sobre el de Cantorberi, ni sobre alguno de sus sufragáneos.

El rey, poco contento de esta exencion, le volvió á enviar el breve al papa; y determinó hacer deponer al santo arzobispo. Hizo amontonar varias acusaciones contra el Santo; convocó un parlamento en Nortanton, en el que fué obligado Sto. Tomás á comparecer como reo, y no como arzobispo; fué condenado en él por los obispos y señores; todos sus bienes fueron confiscados, y la confiscacion se puso en manos del rey como por gracia. En medio de una tan violenta borrasca el Santo no perdió su tranquilidad y su paz. Se vió despojado de todo sin quejarse; y sabiendo que habia de haber una junta para deponerle, creyó que este día iba á ser el último de su vida. Dijo misa de S. Estéban con el palio para dispónerse á morir; y tomando él mismo el Sacramento con la cruz, se presentó ante el rey, el cual tomó este procedimiento por un insulto. Recibió mil ultrajes en palacio; y habiéndole dicho que habia sido depuesto, oyó con serenidad su deposi-